

de su destino, los dos primeros individuos de nuestra especie no habrían sido en la grande familia de los seres mas que unos miserables expósitos, abandonados bárbaramente por el Padre celestial. Si el Ser infinitamente bueno se habría mostrado mas desapiadado y cruel que una madre desnaturalizada que va á poner en el torno de un hospicio al fruto de sus entrañas: pues ésta por lo menos sabe que su hijo pasa á los brazos de las hijas de S. Vicente de Paul; mas cuando Dios dió á luz al primer hombre y á la primera mujer, ¿dónde estaba la hermana de la caridad encargada de educar á estos dos inocentes, y enseñarles de quién y para qué habian recibido la existencia? Para no confesar que la razon llama á la revelacion, se necesita una grande dosis de mala fé ó de necedad: así es que el deísmo que admite á un Dios creador, y rechaza á un Dios revelador, no ha sido predicado sino por poetas y sofistas sin probidad y sin costumbres, para quienes era necesario un Dios á la imágen de su egoismo, un Dios entregándose al placer de la paternidad, sin querer llevar sus cargas. Tales fueron entre otros, Voltaire y Rousseau: el primero despues de haber consagrado una larga vida á las dos hijas gemelas de Satanás, la impiedad y la lujuria, murió sin haber querido ser ni padre ni esposo: el otro despues de muchas pillerías, de las que él mismo es historiadore, se unió á una mujercilla cuyos hijos hacia

ENTRETENIMIENTO QUINTO.

Si nuestros primeros padres fueron niños expósitos. Los patriarcas del deísmo. Educación de Adam y Eva: su destino y el nuestro.

Bastándose Dios á sí mismo hasta el primer año de la creacion, no habia cosa que lo obligara á crear á la familia humana, de la que unos le aman y sirven tibiamente, otros le olvidan, y otros tienen el atrevimiento de ultrajarle y maldecirle; pero una vez creado el hombre, vosotros comprendéis bien, amigos míos, que Dios no podia dispensarse de proveer á su educacion, así como lo hizo con la de los menores insectos.

No siendo la razon mas que la facultad de aprender, de ser enseñada é instruida, el don de esta facultad de aprender separado de la instruccion habria sido un don irrisorio. Con un instinto inferior al de las bestias y sin conocimiento alguno

de su destino, los dos primeros individuos de nuestra especie no habrían sido en la grande familia de los seres mas que unos miserables expósitos, abandonados bárbaramente por el Padre celestial. Si, el Ser infinitamente bueno se habría mostrado mas desapiadado y cruel que una madre desnaturalizada que va á poner en el torno de un hospicio al fruto de sus entrañas: pues ésta por lo menos sabe que su hijo pasa á los brazos de las hijas de S. Vicente de Paul; mas cuando Dios dió á luz al primer hombre y á la primera mujer, ¿dónde estaba la hermana de la caridad encargada de educar á estos dos inocentes, y enseñarles de quién y para qué habian recibido la existencia? Para no confesar que la razon llama á la revelacion, se necesita una grande dosis de mala fé ó de necedad: así es que el deísmo que admite á un Dios creador, y rechaza á un Dios revelador, no ha sido predicado sino por poetas y sofistas sin probidad y sin costumbres, para quienes era necesario un Dios á la imágen de su egoismo, un Dios entregándose al placer de la paternidad, sin querer llevar sus cargas. Tales fueron entre otros, Voltaire y Rousseau: el primero despues de haber consagrado una larga vida á las dos hijas gemelas de Satanás, la impiedad y la lujuria, murió sin haber querido ser ni padre ni esposo: el otro despues de muchas pillerías, de las que él mismo es historiadore, se unió á una mujercilla cuyos hijos hacia

llevar al torno de los hospicios. Estos dos apóstoles tuvieron naturalmente un grande séquito en las clases medias del pueblo, encantadas de no tener que ver mas con un Ser Supremo, puesto que en adelante no tendrían otro Dios que aquel que ellos predicaban, y cuya toda ley se reducía á esta máxima: vivid al gusto de vuestro vientre, y vosotros habréis hecho vuestra felicidad.

En suma, bien veis, amigos míos, que el deísmo y las que llamándose religiones le toman por base, no han sido jamas, ni jamas serán otra cosa que una fantasmagoría religiosa, forjada para el uso de hipócritas y de necios. Nada, pues, mas racional que lo que la Biblia nos dice del cuidado con que Dios formó, instruyó y casó á Adam y á Eva en la deliciosa mansion del Paraíso: los llenó, dice ella, de las luces de la inteligencia, creó en ellos la ciencia del espíritu, llenó su corazón de sentido y les hizo ver los bienes y los males: les confió sus preceptos, y los hizo depositarios de la ley de vida: hizo con ellos una alianza eterna: les hizo conocer su justicia y sus juicios. Ellos contemplaron con sus ojos las maravillas de su gloria, y les dijo: "Guardaos de toda iniquidad," y ordenó á cada uno tener cuidado de su prójimo, es decir, de sus hijos ¹.

Esta historia bíblica, ¿no es cien veces mas sensata que la fábula de los deístas, que nos repre-

¹ Eclesiástico, cap. 17.

sata que la fábula de los deístas, que nos representa los dos primeros humanos, como dos horrugutanes salidos, no se sabe de dónde, viviendo de la caza y de las raices, acostándose en las florestas, trabajando en crear la palabra á fuerza de signos y de gruñidos, é inventando sucesivamente todas las artes? Si hay alguna cosa misteriosa en el Génesis de los cristianos, ¿cuántos disparates en el Génesis de los pancistas del deísmo!

Mas, ¿cuál fué la verdad que Dios inculcó sobre todas á nuestros primeros padres y que les recomendó grabasen en el espíritu de sus hijos? Fué sin duda el conocimiento de su destino: "creándoos á mi imágen y semejanza, les dijo, yo he querido darme hijos dignos de ser asociados algun dia á mi eterno reino. Elevad, pues, vuestros espíritus y vuestros corazones mas allá de esta tierra donde vosotros no estais mas que de tránsito; mirad la inmensa estension de los cielos, ellos no son mas que el vestíbulo de la mansion que yo os he preparado, allá gustaréis sin medida y sin fin todos los goces de que es ávido vuestro corazón: vosotros no podeis sino por la vía de mis mandamientos: ¡desgraciados de vosotros si los violais! la desesperacion, la confusion y el dolor, serán vuestra eterna herencia."

Tal es, amigos míos, el porvenir que el cristianismo nos presenta; ¿le falta algo de nobleza y de grandeza? ¿No es mejor que el que nos prometen

los pancistas partidores ó comunistas: los primeros entregando la tierra al robo, los segundos haciendo de ella un establo de puercos?

El Mayre.—En cuanto á mí, monsieur, yo no encuentro mas que un defecto en este porvenir: él es muy grande y muy elevado para esta pobre especie humana, que gusta tanto de pisotear en los muladares de este mundo. Viendo en lo que las tres cuartas partes de los hombres emplean su vida, ¿cómo creer á lo que el Evangelio nos dice de nuestro destino? Por lo menos se debe convenir en que Dios y los hombres no se entienden, y que su diferencia es muy antigua y no está para terminarse muy pronto.

Platon Polichinelle.—Es verdad, Dios y la mayor parte de los hombres están muy lejos de entenderse; pero ¿á quién debe atribuirse la falta? ¿Será de Dios que no se explicaria bastante, ó de los hombres que se taparian los ojos y los oídos para resistir á la evidencia? Yo sostengo, que en esta diferencia toda la culpa está de nuestra parte.

Que los deseos del hombre sean sin límites, que todos los bienes y placeres que él puede proporcionarse en esta vida sean estremadamente limitados, esto es no solamente una verdad evangélica, sino una verdad proverbial tan antigua como el mundo, tan universal como la conciencia humana, es un hecho tan visible como el sol. Cuál es el pueblo que no haya espresado de cien maneras

en su lengua lo que el buen Lafontaine decia: "Cuatro Matusalenes seguidos no podrian poner fin á lo que uno solo deseara."

Todas las ilusiones que se hacen en esta materia son inescusables: así, amigos míos, mucho menos compadeceriais á los hombres, si conocierais mejor las miserias de los que llamais ricos y venturosos: vosotros os imaginais que nada falta á la felicidad de un individuo cuando goza de una renta neta y bien asegurada de diez mil francos, ¡qué locura! Entre algunos millones de rentistas europeos que tienen esta renta de diez mil francos, décupla y aun céntupla, mostradme uno solo, que sin ser un verdadero cristiano lleve sobre su frente el sello ó la señal del contento.

Ademas de que, el apetito viene comiendo y la riqueza engendra la avaricia, que viene á ser la pobreza perpetua. ¿Quién no sabe que el mundo no opulento tiene consigo dos tiranos insaciables, que son el placer y la ambicion? La vida de las gentes del placer se parte siempre como la del borracho, entre el tormento de la sed y el sueño de la embriaguez, y esta vida que no es vida, acaba tambien por el embrutecimiento y el padecer. ¿Qué ambicioso ha dicho jamas, basta? El funcionario quiere ser ministro, el ministro quiere venir á ser gefe del Estado, el gefe de un Estado codicia dos, despues diez, despues veinte. Napoleon, que en diez años pasó de subteniente de ar-

tillería al gobierno de Europa, decía: yo nada he hecho mientras esté en pie la Inglaterra y mi dinastía no sea la mayor de las dinastías reinantes. Alejandro el Grande, señor de una mitad del mundo, viendo ya bajo de su mano la otra mitad, no podía consolarse de la pequeñez del universo.

Me diréis que con todo su genio estos héroes eran unos grandes locos: sí, pero no mas locos que el habitante del campo, que teniendo diez fanegas de sembradura de buena tierra, se imagina que sería dichoso si tuviera veinte. Cuando se trata de satisfacer el corazón del hombre, yo no veo mas que una diferencia entre un pequeño dominio de un cuarto de legua, y la redondez y dominio de todo el mundo, que es la de nueve mil leguas en todos sentidos, y es que el propietario de todo el mundo, sería cien mil veces mas atormentado que el dueño de diez ó veinte fanegas de sembradura, en virtud del proverbio que dice: "no hay tierra sin guerra."

Sí, amigos míos, sobre el punto capital de nuestro destino, Dios se ha esplicado bastantemente por la voz de nuestro corazón: ¿qué demanda este corazón? El demanda sin cesar lo infinito, él tiende con todas sus fuerzas á lo que la religion le promete, á una felicidad sin límites: creer con los socialistas ateos, que apaciguará sus clamores concediéndole un pequeño pedazo de tierra y algunos escudos, es el fanatismo de la bestialidad.

Cuando una experiencia de seis mil años no demostrara que ningun hombre en la tierra está contento con su condicion; cuando los cuidados, los sinsabores, los enfados, la sociedad, los disgustos, no fueran el cortejo obligado de lo que se llama honores, riquezas, placeres, ¿no bastarian las enfermedades y la muerte para confundir nuestras ilusiones de felicidad en la tierra?

Así es que, cuando los zorros ó borricos del socialismo vengan á prometeros la felicidad universal en retorno del golpe de mano que ellos os pidan para una revolucion social, decidles resueltamente: Señores profetas del porvenir, vosotros nos habeis prometido á cada uno el derecho al trabajo y á la subsistencia, esto es ya alguna cosa, pero eso no basta, decretad tambien para todos el derecho á la salud y á la vida, y sobre todo, proveed tambien á la ejecucion de vuestro decreto: entretanto vosotros no nos hubiereis procurado una receta infalible contra las sorpresas de la enfermedad y la muerte, nosotros tendremos vuestro paraiso terrenal por una de esas charlatanerías malvadas que exigen una respuesta de los menos joviales.

Creedlo bien, amigos míos, ó mas bien, miradlo: la fé nada nos enseña sobre nuestro destino, que no esté perfectamente de acuerdo con el grito de nuestra conciencia, con la filosofia de la experiencia y del buen sentido. Si hay satisfaccio-

nes puras y duraderas en este valle de lágrimas, no es sino para las almas sinceramente religiosas que renuncian el buscar aquí esta felicidad, porque en efecto, la felicidad es como

“El perro de Juan de Nieva
Mas huye, cuando mas se llama.”

Dadme francos cristianos que crean y practiquen cuanto les prescribe el catecismo católico, que eviten todo lo que él les prohíbe, yo los tengo y vosotros tambien los tendréis por los hombres mas tranquilos, los mas contentos y mas dichosos. Son los mas tranquilos, ¿y por qué? porque poseyendo la verdadera ciencia de la vida, no se admiran ni se espantan de las tempestades en que otros pierden la cabeza, y dicen: mientras que nuestra alma esté al cuidado de Dios, todo irá bien, hagámonos como Job en su muladar. Son los mas contentos, ¿y por qué? Porque no queriendo sino lo que Dios quiere, hacen el bien que pueden, y sufren con paciencia el mal que no pueden impedir, limitando sus deseos á lo necesario para su sustento y el de su familia: saben procurárselo con su trabajo, por su buena conducta, y su caridad encuentra aun algo de superfluo para socorrer á los necesitados. Son los mas dichosos, ¿y por qué? Porque enseñándoles la religion donde está la verdadera felicidad, la esperan de Dios en vez de pedírsela al Estado. Evitan las reuniones

en las que el proletario pancista se revuelca en las orgías donde se le trastorna el cerebro y se le enciende la sangre por una política furibunda. Por esto ellos se conservan sanos de cuerpo y alma, y si les viene alguna enfermedad, tienen el mejor de los remedios, que es el bálsamo de la paciencia y la dulce seguridad de que ganan mucho cuando sufren: en fin, á la última hora, que todos tenemos, el cristiano siente que pasa de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, escucha y recibe con gusto estas últimas palabras de la religion: “Parte, alma cristiana, de este mundo.” Vosotros, todos los que estais atormentados con las dudas, acercaos á ver morir á un buen cristiano, y sentiréis revivir la religion del corazon.

Todavía mas, vamos adelante. ¿No conocéis una familia verdaderamente cristiana? Yo quiero decir: una familia de la que el padre y la madre, unidos por los mas dulces y fuertes lazos, saben á vuelta de treinta años, amarse y soportarse como lo hacian en los primeros dias de su matrimonio: una familia de la que los hijos, hechos á semejanza de sus padres, no forman con ellos mas que un corazon y una alma; cualquiera que sea la suerte de esta familia con respecto á la fortuna, ¿no es para los que la componen, y para los que la ven, una pequeña imágen del cielo?

Multipliquemos tanto estas familias cuanto basten para formar una poblacion, y tendremos por

resultado un pequeño paraíso terrenal donde la policía y la justicia nada tendrán que hacer, porque la religión que allí reina habrá desterrado los vicios, los desórdenes, las enemistades, los procesos, es decir, las diez y nueve veintenas de nuestros males.

○ A esta pintura de los que creen en el cielo del Evangelio, oponedles la de los que buscan el paraíso socialista, que si ellos no se atreven á decir con Proudhon y otros, la religión es un grande mal, dicen por lo menos: nuestra religión es para nosotros la de gozar de la vida, y trabajar por la felicidad del pueblo; enseñando á los ricos á vivir bajo las santas leyes de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad: estos apóstoles han venido á ser ya tan comunes, que bien podréis formaros una idea de la felicidad que ellos gustan y que preparan á los que enseñan y seducen. Acaso Mr. el Mayre, podrá decirnos sobre esto alguna cosa.

El Mayre.—Sí, señor, los fieles de esta nueva Iglesia, aunque mucho menos numerosos que los de nuestra buena y antigua religión, me dan un poco de mas que hacer. Que estos devotos no sean los mas tranquilos, los mas contentos, los mas felices de los hombres, no se necesita decirlo: entre ciento de ellos apenas habrá dos que tengan bastante fortuna para gozar sin trabajar, los otros no pudiendo escapar de la tiranía de la necesidad si-

no por la tiranía del trabajo, juzgan intolerable este orden de cosas, y se hacen empresarios de revoluciones: si ellos tienen una profesion honrada, un oficio lucrativo, abandonan el ejercicio á los oficiales y aprendices, y se van á trabajar por la felicidad del pueblo, en los clubs, en los cafés, en las tabernas y otros lugares que es mejor no decirlos. Para hacer frente á sus gastos, ocurren á los préstamos; una vez endrogados y no teniendo ya con qué pagar, hélos aquí convertidos en vientres voraces y voraces reforzados; si tienen familia, y la mujer y los hijos le toman el gusto á la libertad del vientre, por bien provista que esté la casa muy pronto queda vacía; cuando la libertad ha vaciado la casa, la igualdad exige que los otros dejen vaciar la suya; si lo rehusan, la fraternidad quiere que se les destine á la linterna y á la guillotina. Por poco que se estienda esta raza en un pueblo, todos los diablos entran allí; no basta ya la cruz y la imágen de la Virgen para defender nuestras puertas, es preciso multiplicar las cerraduras, limpiar la carabina y tener el frasco de pólvora al lado de la pila de la agua bendita.

Platon Polichinelle.—Sí, señor, desde que los hombres dejan de aspirar al cielo, se encuentran muy estrechos en el mundo y no piensan mas que en degollarse. Podia Dios explicarse mas terminantemente sobre el artículo de nuestro destino,

que haciendo de nuestra fé en la vida eterna, la condicion necesaria de toda paz y tranquilidad entre nosotros mientras vivimos sobre la tierra? En una palabra, no hay una sola persona que con un poco de reflexion, no pueda comprender y sentir esta verdad. Es claro que las tendencias del hombre son sobrenaturales; es decir, que ellas desbordan, traspasan por todas partes el órden actual de cosas; luego es preciso que su destino sea sobrenatural: así cuando el cristianismo habla de la vida soberana que nos espera en el seno del Padre que está en los cielos, no es tanto un misterio que propone á nuestra razon, sino mas bien es la solucion de un misterio de nuestra naturaleza. En el entretenimiento siguiente examinaremos la condicion que Dios ha puesto para admitirnos en la mansion de la vida eterna.

ENTRETENIMIENTO SESTO.

Necesidad de la prueba y del combate. Caída del hombre. Diálogo con un pánico.

La religion cristiana nos dice que nosotros somos de Dios, y coherederos con Jesucristo, pero bajo de una condicion, y es, que para entrar en la gloria del Gefe divino de todos los escogidos, debemos pasar como él por el fuego de la prueba¹. ¿Es muy dura la condicion?

La dignidad infinita de herederos de Dios que nos da derecho al goce eterno del Altísimo y de todas las cosas que Él ha creado, no exigirá una educacion conveniente, no merecerá algunos dias de prueba y de combate? ¿Creeis, amigos míos, que Dios hubiera obrado mas generoso, si nos diera el cielo sin que nos costara algun esfuerzo? Yo suplico á Mr. el Mayre, nos diga lo que piensa.

1 S. Pablo, epístola á los romanos, cap. 8, versículo 17.